

Capítulo cuatro

Carlos y Jaime corrieron hacia Carmen. Estaban contentos de ver a alguien que ya conocían aunque no la conocían muy bien. Carmen era mucho mejor que nadie. Estaba tomando una bebida. Carmen vio a los chicos.

—¿Qué hacen Uds.? ¿Por qué están aquí? ¿Por qué no se fueron en el crucero?

—Perdimos el barco por cinco minutos —le dijo Jaime.

—Y un ladrón nos robó —le dijo Carlos—. No tenemos nada. Necesitamos ayuda.

—Aquí pueden encontrar ayuda pero creo que no la van a encontrar —le explicó Carmen. Carmen se rió. Jaime y Carlos no se rieron. No podían reírse porque tenían tanta hambre.

—Por favor, Carmen. Necesitamos tu ayuda —le dijo Carlos—. Necesitamos un lugar donde dormir. No tenemos dinero. Nos robaron cuando estábamos durmiendo en la playa del Condado y luego usamos lo poco que nos quedaba para ir en guagua al crucero.

—Pobrecitos —le dijo Carmen.

—Oye —le dijo Jaime—, ¿por qué no estás en el barco? ¿Perdiste el crucero también?

—No —les explicó Carmen—, trabajo para la compañía de los cruceros. Trabajo en la oficina de Nueva York. Vine en el crucero a Puerto Rico para ver a mi abuela. Ella vive en Puerto Rico. Puedo viajar gratis porque trabajo para la compañía de los cruceros. Voy a volver a la Florida en el crucero. El crucero va a volver en dos días. Después voy a Nueva York en avión.

—¿Vuelve el crucero en dos días a Puerto Rico? —le preguntó Jaime.

—Sí —respondió Carmen.

—Eso sí que es bueno. Podemos tomar el crucero en dos días, ¿no? —le preguntó Carlos.

—Tal vez. Si tienen un cuarto desocupado. Pienso que es probable. Es la temporada de los huracanes. Durante la temporada de huracanes hay menos personas en los cruceros.

—Gracias —le dijo Carlos.

—De nada —le dijo Carmen. Carlos estaba sorprendido. Carmen estaba actuando

de una manera muy simpática. Carlos quería saber por qué.

—Muchísimas gracias —le dijo Carlos—. Necesitamos más ayuda.

No quería pedirle nada pero no había otro remedio. No había otra persona.

—¿Qué necesitan? —le preguntó Carmen.

—Dinero —le dijo Carlos.

—Un lugar donde dormir —le dijo Jaime.

—Les voy a prestar un poco de dinero pero tienen que devolvérmelo —le dijo Carmen.

—Por supuesto —le dijo Carlos—. Vamos a devolverte el dinero cuando vayamos a casa.

—También pueden dormir en casa de mi abuela —le dijo Carmen—. Ella es muy simpática.

—Todas las abuelas son simpáticas —le dijo Carlos. No lo podía creer. Carmen era tan simpática con ellos. Y ellos podían quedarse con la abuela de ella. Todo estaba perfecto.

—Hay solamente una cosa —les dijo Carmen.

“¡Oh no!” pensó Carlos. “Algo terrible”. Carmen le sonrió a Carlos.

—Le voy a decir a mi abuela que tú eres mi novio —le dijo Carmen—, mi novio norteamericano que es muy rico.

—Mi abuela piensa que debo casarme con alguien. Ella quiere que yo tenga un novio. Y sólo tengo 24 años. No entiendo que el mundo es diferente ahora. No entiendo que quiero trabajar y tener una carrera primero.

—Eso es fácil —le dijo Carlos. Pensó: “Carmen es hermosa. No es una cosa terrible. Yo sí puedo ser el novio de ella.”

—Y tú —le dijo Carmen a Jaime—. Tú tienes que ayudar también. Tienes que ayudar a mi abuela. Ella tiene una farmacia. Vende medicinas. Vende velas y cosas mágicas. Se usan las cosas que vende en ceremonias religiosas. Mi abuela sabe el futuro. Puede hablar con personas muertas. Tiene poderes especiales.

—Me gusta —dijo Jaime.

—Recuerden —les dijo Carmen—, Carlos tú eres mi novio, y Jaime, tú le vas a ayudar a mi abuela con las cosas que vende.

—De acuerdo —le dijeron juntos.

Los chicos realmente no tenían otro remedio. Estaban en Puerto Rico sin dinero y no

conocían a nadie. No tenían donde pasar la noche ni comida tampoco. Así que iban a ir con Carmen.

—Vamos a hacerlo —le dijo Jaime a Carlos— pero pienso que ser el novio de Carmen es mejor que ayudar a su abuela.

Carlos la miró a Carmen. Era muy hermosa. Tenía un pelo hermoso.

—Creo que tienes razón —le dijo Carlos.

—Vamos, chicos. Vamos a la casa de mi abuela —les dijo Carmen—. Tengo hambre. Mi abuela siempre tiene comida en su casa.

Carlos y Jaime se miraron el uno al otro. Estaban emocionados. ¡Comida! ¡Comida por fin!

—Primero —dijo Carlos— tenemos que llamar a nuestros padres. Tenemos que avisarles que todo está bien aquí y que no pasa nada.

—Por supuesto —les dijo Carmen—, se me olvidó. Ustedes dos son niñitos. Tienen que llamar al papá y a la mamá.

Carlos se enojó con Carmen. Se ofendió pero no le dijo nada a Jaime. Ahora mismo, Carmen era su única amiga en Puerto Rico. Y él era su novio guapo.